

# Marco Aguilar: un referente silencioso en la poesía costarricense

Recibido: 16 de julio, 2024  
Aceptado: 14 de agosto, 2024  
Por: Adriano Corrales Arias<sup>1</sup>

## Resumen

En este artículo, el reconocido poeta y crítico literario Adriano Corrales pondera el significado de la obra poética de Marco Aguilar, así como su humildad y modestia. En su criterio, la de Aguilar, construida en silencio y sin aspavientos, representa una de las propuestas más coherentes y lúcidas de la poesía contemporánea costarricense. Asimismo, califica a Aguilar como un poeta con mayúsculas, y un extraordinario ejemplo vital y creativo.

### Marco Aguilar: A Silent Reference in Costa Rican Poetry

## Abstract

In this article, the well-known poet and literary critic Adriano Corrales praises the significance of Marco Aguilar's poetic work, as well as his humility and modesty. He considers that Aguilar's work, written in silence and without fuss, represents one of the most coherent and lucid proposals in contemporary Costa Rican poetry. He also qualifies Aguilar as a poet in capital letters, and a remarkable example of vitality and creativity.

Adriano Corrales. Marco Aguilar: un referente silencioso en la poesía costarricense. Revista *Comunicación*. Año 45, volumen 33, número 2, junio-diciembre, 2024. Instituto Tecnológico de Costa Rica. ISSN: 0379-3974/e-ISSN1659-3820

### PALABRAS CLAVE:

poesía contemporánea costarricense, poesía turrialbeña, crítica literaria, literatura costarricense, Marco Aguilar.

### KEY WORDS:

contemporary Costa Rican poetry, Turrialban poetry, literary criticism, Costa Rican literature, Marco Aguilar.

<sup>1</sup> Poeta, novelista, cuentista, ensayista y crítico literario. Posee una maestría en Bellas Artes por la Universidad de las Artes, San Petersburgo, Rusia, así como un doctorado en Letras y Artes por la Universidad Nacional (UNA). Es profesor catedrático (jubilado) del Instituto Tecnológico de Costa Rica (ITCR). Es autor de 12 libros, entre poemarios, novelas, cuentos y antologías. Contacto: [hachaencendida@gmail.com](mailto:hachaencendida@gmail.com)

Marco Aguilar fue un poeta oriundo de Turrialba – tierra de poetas– que prefirió la tranquilidad de la provincia a la ruidosa urbe y a las carrerillas de la farándula que corrompen la labor del artista. Amigo y correligionario de Jorge Debravo –“hermano”, lo llamaba–, por tanto, fundador del Círculo de Poetas Turrialbeños, más tarde Costarricenses; su obra, lamentablemente, ha sido invisibilizada por el canon y la tramoya literaria nacional.

Luego de la muerte de Debravo (1967) y tras una breve estancia de dos años en San José –mejor dicho, en Tres Ríos de Cartago, pequeña ciudad que se acomoda mejor a la capital josefina que a la antigua metrópoli cartaginesa–, con la publicación de sus dos primeros poemarios, decide regresar a su Turrialba natal donde se dedicara al noble y extraño –para un poeta– oficio de técnico en radio y televisión.

Su poesía, tallada y esculpida en silencio, se compone de seis libros con tirajes muy cortos: *Raigambres*, Turrialba, Costa Rica: Biblioteca Líneas Grises, 1961; *Cantos para la semana*, Turrialba, Costa Rica: Biblioteca Líneas Grises, 1962; *Emboscada del tiempo*, San José: Imprenta Tormo, 1984, y Ediciones Zúñiga y Cabal, 1988; *El tránsito del sol*, San José: Ediciones Zúñiga y Cabal, 1996; *Obra reunida*, San José: EUNED, 2009; *Profecía de los trenes y los almendros muertos*, Nueva York: Nueva York Poetry Press, 2020.

Quizás por esa razón –los tirajes cortos en su ciudad natal– las nuevas generaciones de versificadores costarricenses no conocen la ardorosa búsqueda de este bardo turrialbeño. Y, sin embargo, son variados los poetas y críticos que han valorado la obra de Marco Aguilar como una de las propuestas más coherentes y lúcidas de la poesía contemporánea costarricense. No obstante –paradoja criolla y cruel que no cesa–, nunca se le reconoció con ningún premio ni se le brindó la atención que merecía en la academia ni en los ámbitos oficiales y/o periodísticos.

Tal vez el mayor reconocimiento en vida fuese la publicación de su *Obra reunida* por parte de la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia (EUNED), atinada decisión de esa casa editorial universitaria, a la sazón dirigida, en su consejo editorial, por el polémico y nunca bien ponderado escritor y político Alberto Cañas Escalante.

Por cierto, y como elemento curioso –léase furioso–, en la primera edición, los datos biobibliográficos del autor eran más escuetos que los del compilador, quien, al parecer, pretendía quedarse con los derechos de autor. Habrase visto mayor infamia, sobre todo tratándose de un poeta humilde, de escasos recursos y con nula percepción de aquellos derechos. Eso, de alguna manera, subraya la condición de un poeta que “no desea hacer literatura”, tal y como



Carátulas de tres de sus libros. Fotos: Luko Hilje.



Manos y caligrafía de Marco. Fotos: Luko y Darinka Hilje

apuntaba su compañero de viaje, el parteaguas Jorge Debravo. Es decir, estamos ante un poeta que había comprendido a cabalidad su papel en tanto productor de poemas, no para la fanfarria de los premios, el reconocimiento simbólico y/o material –contante y sonante–, o los viajes, sino, sencillamente, porque debía decir lo que le atormentaba o deleitaba y pujaba por salir.

La antología de la EUNED nos permite ingresar al mundo poético de Aguilar, donde lo primero que nos sorprende es la calidad formal del vate. Son pocos los poetas costarricenses que han acudido al soneto, esa estrofa tan difícil y compleja, verdadera apuesta estilística para cualquier poeta, con resultados tan frescos y efectivos, porque Marco Aguilar introduce en el soneto, como en mucha de su poesía, cierto humor y cierta cotidianidad que le restan ese carácter solemne y nobiliario que arrastra. Dicho de otra manera, experimenta dentro de una forma canónica para otorgarle contemporaneidad y gracia. Y lo logra con creces.

Pero no se crea que Marco Aguilar solamente se inclinaba por el soneto en el extenso maremágnum del verso libre moderno y posmoderno. No, también acudió al verso blanco y a la libertad estrófica sin

perder la musicalidad interna y el propósito que anima al poema. Trato de decir que ni en el soneto ni en el verso libre el poeta se extravía, es decir, el tema, lo referido o lo que se desea comunicar está presente en la forma y se desplaza como pez en el agua. Esto exactamente con el poemario *Emboscada del tiempo* (1988), auténtica epopeya y canto general, que logra posicionarse como uno de los esfuerzos más logrados de la poesía costarricense de los últimos treinta años.

Lo importante de la antología que intentaron birlarle es que, además del ya mencionado y de sus dos primeros libros, *Raigambres* (1961) y *Cantos para la semana* (1963), con el estupendo *El tránsito del sol* (1996) –donde resuena *El tránsito del fuego*, de Eunice Odio–, incorpora tres libros inéditos del poeta: *La miel de cada día*, *Mi voz nace de piedra* y *Otra poesía reunida*. ¡Lástima que el segundo no aparezca completo! Esto, porque nos permite asistir a la “evolución” del trabajo aguilariano en tanto crecimiento silencioso de un auténtico trabajador de la palabra, que no se dejó encandilar por los fuegos fatuos de la fama y la tontada. En ese crecimiento, poético y espiritual, podemos observar la sencillez encerrada con maestría en formas poéticas finamente elaboradas. Como en el buen vino, los años agregan el sabor del añejamiento.

La profesión de Marco Aguilar, en tanto labor para el sustento del productor poético y su familia, estaba en el taller de radio y televisión. Pero su verdadero oficio se expresa en la palabra precisa y rigurosa, en el endecasílabo finamente logrado, en el soneto portentoso, pero no pretencioso, en el poema épico donde se lamenta del destino humano signado por la violencia y la exclusión. Y en el amor, la ternura y la solidaridad que se incuban en la profunda sensibilidad de un verdadero poeta. Todo ello con la sutil y sosegada visión que dan tanto la provincia como la distancia de los centros del poder cultural y sus ácidos dispositivos, donde pululan enfermizos egos, oscuras transacciones y serruchadas de piso.

Debemos agradecer a la EUNED aquel acierto editorial que en mucho rescataba una de las voces más auténticas de nuestra poesía, “regionalizada” y, por tanto, invisibilizada. Una voz que no se arredraba, aunque no arriesgara en la parafernalia posmoderna y su sintomática palabrería hueca por la pasarela de “flashes”, premios y alabanzas. Mucho menos se asoma al grotesco valle de la transacción y el acuerdo para el próximo premio, el evento venidero, la antología o el librito coeditado. Una voz de auténtica

raigambre costarricense, pero sin perder la exactitud meridiana en el concierto universal y sinfónico de la palabra.

Como lo reseñara en su momento don Alberto Cañas Escalante en una de sus columnas periodísticas –recordándonos la apreciación de aquel otro grande poeta olvidado, Alfredo Cardona Peña (1917–1995), quien, desde su voluntario exilio en México, apuntaba que de los poetas de Turrialba, a su juicio, “el más porvenir era Marco Aguilar”–, el poeta no nos defraudó: aparte de ese enorme e insurgente río lírico que es Jorge Debravo, podríamos afirmar que fue el poeta más importante del círculo y quizás de su generación.

Marco Aguilar vivió por la poesía y para la poesía, a pesar de las carencias de su entorno y las tremebundas vicisitudes de una vida modesta, además de que enfrentó la muerte en variadas ocasiones debido a una enfermedad cardíaca y hasta la pandemia del coronavirus.

Un poeta con mayúsculas, un extraordinario ejemplo vital y creativo.